



## HOMILÍA EN LA MISA CRISMAL Santa Iglesia Catedral, 30 de marzo de 2010

*Queridos sacerdotes y hermanos todos en el Señor Jesús:*

Permitidme, hermanos, en esta mañana, dirigirme de manera muy especial a vosotros sacerdotes. La **“Misa Crismal”** tiene -como sabéis- un profundo carácter sacerdotal: no sólo se consagra el santo crisma y se bendicen los óleos -de los catecúmenos y de los enfermos-, sino que conmemoramos en ella el día en que el Señor Jesús confirió su sacerdocio a los Apóstoles. Por esta razón todos renovaremos las promesas que hicimos ante el Obispo y ante el pueblo santo de Dios. Es también la primera que os presido como Obispo. Una ocasión, por tanto, para una meditación sobre nuestro ministerio.

Tiempos difíciles (cf. 2 Tim 3,1)

Estamos viviendo un tiempo en que, a menudo, está saliendo en los medios de comunicación alguna información sobre la conducta negativa de algunos hermanos nuestros. No hay duda que se dan situaciones -siempre deplorables-, en las que la Iglesia misma sufre por la infidelidad y la traición de algunos de sus ministros. Sin embargo, frente a esos casos minoritarios, valoramos y agradecemos con gozo que la inmensa mayoría de los presbíteros viven su ministerio con fidelidad y son modelo para su pueblo. Es un motivo de consuelo que hoy la gran mayoría de los sacerdotes de todas las edades desarrollan su ministerio con un esfuerzo gozoso, frecuentemente fruto de un heroísmo silencioso. No se debe generalizar: la Iglesia es rica en sacerdotes santos que cumplen calladamente su deber.

Al mismo tiempo, -como bien ha afirmado el P. Cantalamessa en su predicación cuaresmal-, más que los escándalos ocasionales y las conductas despreciables de algunos sacerdotes, lo que de verdad hace daño es la **“tibieza”** de una parte del clero, la falta de celo y la inercia apostólica. **“La gran desgracia para nosotros párrocos -decía el santo cura de Ars-, es que el alma se entorpezca”**. Ése es el gran peligro.

Reaviva el carisma (cf. 2Tim 1,6)

Pues bien, espero y pido al Señor que esta celebración sea para todos nosotros un antídoto contra la tibieza. Que esta Eucaristía nos ayude a **“reavivar”** nuestro ser sacerdotes y que la **“renovación de las promesas”** fortalezca nuestra consagración sacerdotal, aquélla que nos concedió hablar y actuar **“in persona Christi”**.

Por tanto, como cada año, la **“Misa Crismal”** es una ocasión preciosa para dar gracias a Dios y testimoniarle al Señor Jesús nuestro amor y confianza en un **«sí»** pleno e incondicional; a Él, que sin mérito de nuestra parte nos eligió y nos llamó. Se trata de renovarle aquel **«sí»** entusiasta, alegre y generoso que le dimos el día de nuestra ordenación, cuando por medio del Obispo nos constituyó sacerdotes para siempre, mediadores entre Dios y los hombres.

Nosotros somos “su” pueblo (cf. Sal 100, 3a)

Tras el sí, recibimos la imposición de manos por parte del obispo. Este signo sacramental resume todo un itinerario existencial. En él, -Benedicto XVI nos lo recordaba en la Misa Crismal del año 2006-, fue el mismo Señor quien tomó posesión de nosotros,

diciéndonos: **“Tú me perteneces”**. Pero con ese gesto también nos dijo:

“Tú estás bajo la protección de mis manos. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos y precisamente así te encuentras dentro de la inmensidad de mi amor. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas”.

Por eso en esta Santa Misa Crismal el Señor nos sigue tomando y con gran bondad nos atrae hacia Él y nos dice: **“No temas. Yo estoy contigo. No te abandono. Y tú no me abandones a mí”**. Viene de nuevo a darnos la mano como se la dio a Pedro cuando caminando sobre las aguas dudó de Él (cf Mt 14, 31); viene a invitarnos a la fe, a enseñarnos el camino de la recta humildad y a fortalecer nuestra obediencia a la verdad, a la voluntad de Dios.

Vosotros sois mis amigos (cf. Jn 15, 14)

Es esto lo que nos anima y nos lleva, -utilizando un recurso muy frecuente en el Santo Padre- a **“mirar a Jesús”**. Él es el que nos conduce hacia lo que es grande y puro; eleva nuestro horizonte hacia la valentía que no nos deja amedrentarnos por las murmuraciones de las opiniones dominantes, hacia la paciencia que soporta y sostiene al otro. El nos conduce a atender a los enfermos y abandonados, a buscarles la ayuda necesaria; .. hacia la bondad que no se deja desarmar con la ingratitud .. Es decir: hacia el amor y hacia Dios.

Ser amigo de Cristo implica coger su yugo y amar como Él. Implica aceptar el carácter exigente de la verdad; contraponerse tanto en las cosas grandes como en las pequeñas a la mentira que hay en el mundo en tantas formas diferentes; aceptar la fatiga de la verdad, para que su alegría más profunda esté presente en nosotros.

Mirándolo a Él, que lo soportó todo, que experimentó en sí la obediencia, la debilidad, el dolor y toda la oscuridad, es como lograremos dejar de lamentarnos, puesto que es la única forma de que el yugo del amor, en apariencia pesado, nos resulte ligero.

Llamados a ser uno (cf. Jn 17,21)

También nosotros podemos decir con Cristo **“el Espíritu del Señor está sobre mi, pues me ha ungido”**. (Cf Is 11, 1s; Lc 4, 18s) A la luz de la unción y de la pertenencia a Cristo, podemos afirmar que nuestra identidad sacerdotal no se reafirma por hacer muchas cosas. No encontramos nuestra identidad por ser un gran activista o un eficaz guía de la comunidad, sino en ir dando día a día el paso que nos **“afianza en la vocación a la que hemos sido convocados”** (cf 2 Pe 1, 10 ), es decir, salir del mundo y entregarnos a Dios. Con ello se subraya algo fundamental de nuestro ser sacerdote: la santificación y la consagración, que es un salir del contexto de la vida mundana, un **«ser puestos aparte»** para Dios.

Ser entregados no significa una segregación. Somos sustraídos a los lazos mundanos y entregados a Dios; y precisamente así, a partir de Dios, debemos quedar disponibles para los otros, para todos. Es esto lo que hace Jesús cuando dice **«Yo me consagro»**, Él se hace a la vez sacerdote y víctima. Es en la consagración donde se encierra todo el misterio de nuestra redención. Y ella contiene también el origen del sacerdocio de la Iglesia, de nuestro sacerdocio.

Es importante tener siempre presente el sí que durante la consagración sacerdotal manifestamos a Dios mediante la frase AQUÍ ESTOY, indicando con ello que estábamos abiertos a que Cristo dispusiera de nosotros. Nos ofrecemos a Aquel **“que murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí”** (2 Co 5, 15); lo cual significa identificarnos con su entrega **“por todos”**. Es, por tanto, un don que hemos recibido del Señor para llevar la salvación a todos los hombres.

Pues bien, queridos hermanos es Jesucristo quien quiere ejercer **“su”** sacerdocio por

medio de nosotros. Nos hace el don y nos eleva hacia sí, puesto que sólo Él puede decir: **“Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre”**. El misterio de nuestro sacerdocio radica en el hecho de que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del Sacramento podemos hablar con su **“Yo”**: **“in persona Christi”**. ¡Qué gran misterio y qué gran amor nos ha tenido y nos tiene el Señor, que sigue contando con nosotros para hacer presente y eficaz su salvación al hombre de hoy!.

Sed santos .. (cf. 1 Pe 1,15)

El amor y fidelidad de Dios son, por tanto, los que nos responsabilizan y nos mueven a defender con valentía el tesoro de nuestro sacerdocio, procurando **“no tornar estéril la gracia que Dios nos ha dado”** (cf 2 Tim ) en el Orden Sagrado y que continuamente nos envía.

Para que no disminuya nuestro celo, despojémonos continuamente de las costumbres, hábitos y aspiraciones de nuestro hombre viejo, así como de las marcas de una cultura materialista, hedonista y aburguesada que lastimosamente deja muchas veces su huella en nosotros. Luchemos para ser **“sacerdotes santos”**. No olvidemos que el cuidado del Sacerdocio exige una vida espiritual intensa, caracterizada por la unión creciente con Jesucristo a través del ejercicio de su ministerio.

El camino de la santidad no puede ser otro más que unirse a Cristo. Esta unión comporta renunciar a nosotros mismos, pues

“Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga detrás de mí, no puede ser discipulos mío” (Lc 14, 26-27).

Implica, por tanto, renunciar a imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad; en renunciar a nuestros deseos de llegar a ser esto o lo otro y en abandonarnos a Él, para ir donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros.

En definitiva, consiste en aspirar a poder decir como San Pablo: **«Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí»** (cf Gál 2,20).

Es esa renuncia al deseo de ser autónomos, a la propia **“autorrealización”**, la fuente de nuestra identidad sacerdotal. Ése fue el gran sí que dimos y para poder llevarlo a cabo el Señor nos ungió con el don del Espíritu Santo. Y esto no fue sólo para un momento, sino para que podamos vivir día tras día la entrega continuada de los muchos pequeños **«síes»** y pequeñas renunciaciones de la vida cotidiana.

Hombres de oración (cf Ef 6, 18)

A su vez, para que Cristo sea verdaderamente el centro de nuestra vida y tengamos una verdadera familiaridad con Él, es fundamental la oración. Orar es un caminar en comunión personal con el Señor, exponiéndole nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él. Mas, para que eso no se convierta en una mera auto-contemplación, es importante aprender continuamente a orar rezando **“con”** toda la Iglesia; sobre todo en la **“liturgia de las horas”** y en la celebración diaria de la **Eucaristía**. Oramos adecuadamente cuando entramos con nuestro pensamiento y nuestro ser en las palabras que la Iglesia nos propone. En ellas está presente la oración de todas las generaciones, que nos llevan consigo por el camino hacia el Señor.

Mediadores de Dios (cf Heb 5,1)

Y una dimensión importante de la oración es la intercesión. Jesucristo, el Buen Pastor, nos sigue llamando a ofrecer nuestra vida, y a vivir nuestro ministerio con alegría, sirviendo a los fieles que Él nos ha encomendado. Pidamos hoy también –y especialmente- por todos

aquellos que nos acompañaron y nos guiaron en nuestra formación sacerdotal. Tengamos presente a tantas personas que, con su oración, nos apoyaron y animaron en el camino al sacerdocio. Por todos aquellos que de alguna forma nos necesitan.

Y en este Año Sacerdotal, pidamos que dé fruto la oración de todos aquellos fieles que oran constantemente por nosotros, para que hagamos presente a Jesucristo Salvador en nuestro ministerio sacerdotal.

Hijos de María (cf Jn 19, 27)

Queridos hermanos, agradezcamos al Señor el don del ministerio sacerdotal. Un don que, desde el punto de vista personal, llevamos en vasos quebradizos, por lo que debemos poner todos los medios para no derramarlo y poder presentarlo en toda su belleza

Para ello contamos también con la intercesión de los Santos. Este año especialmente la del **Santo Cura de Ars**. Y sobre todo, el Señor nos ha dado a su Bendita Madre, la **Inmaculada** y siempre Virgen María, a la que encomendamos hoy nuestra diócesis de Asidonia-Jerez y le pedimos que nos ayude a seguir a su Hijo con la misma unión y fidelidad con que Ella lo acogió en su corazón y lo siguió en su vida. Que así sea.

+ **José Mazuelos Pérez**

Obispo de Asidonia-Jerez